

Por qué la globalización es positiva

Jagdish Bhagwati*

Desde mediados de los 80's hasta principios de los 90's, la escena en los Estados Unidos estuvo marcada por una obsesión no tan magnífica y, de hecho, obscena, con Japón. Japón fue denunciado con furia, o temido por lo que el proverbio ruso denomina "ojos grandes", por muchos pecados y diferentes pasiones: por nuestros politiqueros alarmados como el Presidente Clinton y sus consejeros en su primer nombramiento, por nuestros cabildeos competitivos como Detroit, por nuestros intelectuales políticos como James Fallows, por burócratas como Clyde Prestowitz, por economistas distinguidos como Laura Tyson y Rudiger Dornbusch, y en los medios tan respetados como *The New York Review of Books* (una revista "progresista" que, sin embargo, cayó en esta obsesión anti-liberal nacional y cuyo grupo de escritores obsesionados con Japón incluyó a Fallows). El aire estuvo lleno de acusaciones y sospechas. Los escépticos, como yo, éramos pocos, por lo menos públicamente.

Sobre el comercio, se denunció ampliamente a Japón como un comerciante malvado, actuando de manera injusta como un importador exclusionista y un exportador rapaz. Se le temía como si fuera una combinación formidable entre Superman y Lex Luthor: omnipotente y malo. Lo que fuera que hacía, fue visto oscuramente como a través de un vidrio opaco nublado por arena del desierto. Si los japoneses se bajaban, como hacen, para saludarte, entonces ¡seguramente era porque les hacía más fácil cortarte en las rodillas o aún más arriba! Curiosamente, todo esto ha desaparecido con la caída de Japón, y hoy en día muchos aceptaron lo que dije en ese entonces: especialmente pero no exclusivamente, que esto fue el producto de un "síndrome del gigante reducido", reflejando el ascenso de Japón, y que Inglaterra, a finales del Siglo XIX y principios del Siglo XX, había pasado por su propia triste reacción frente al ascenso de Alemania y los Estados Unidos (con la excepción de que la caída relativa de Inglaterra era verdadera, no sólo un síndrome).¹

* En: ITEMS & Issues, "Conflicts over Globalization: Symposium on Globalization". Social Science Research Council. Winter 2001, Vol. 2 No. 3-4.

http://www.ssrc.org/programs/publications_editors/publications/items/ItemsWinter20012.3-4.pdf

¹ Muchos de mis escritos más accesibles están reproducidos en una selección de mis ensayos sobre las políticas, *Unsettling Essays on Trade, Immigration and Democracy*, MIT Press: Cambridge, 1998.

¿Por qué lo digo? Porque encuentro que hay tanta gente hoy en día igualmente obsesionada por la globalización. Esto incluye intelectuales notables como Edward Said y Pierre Bourdieu, las ONGs y los “activistas”: el encantador epíteto que sugiere, al contrario de lo que dijo Keynes sobre la influencia de economistas fallecidos, que gente como yo y Bourdieu son “pasivos” si no marchamos y preferiblemente hacemos teatro callejero. Pero desde luego parte del juego del debate público, como nos recuerda Orwell, es tomar la iniciativa apropiando para sí mismo y para la causa una descripción agradable y correcta, y ¿qué es mejor que sugerir que tus oponentes son unos *Oblokovs* burgueses?

Como con Japón, la obsesión toma varias formas. Los que siempre hablan mal de Japón tienen sus contrapartes en aquellos que sabotearían la globalización; algunos hasta utilizan la violencia (menor). Luego existen aquellos que simplemente tienen a la globalización siempre en la mente: estos corresponden a los preocupados por Japón. Al igual que los economistas como Dornbusch, quienes parecen argumentar que si nieva en Cambridge, debe ser un resultado de maldades japonesas, hay muchos “anti-globalizantes” que sientan en una gran *non sequitur* que todo mal del mundo como la pobreza, la discriminación de género, el déficit democrático, cambios culturales no bienvenidos y lo que sea responden a la globalización. También existen aquellos que, tal como los críticos de Japón que sólo querían civilizar el monstruo japonés, desean “humanizar” la globalización, dándole “un rostro humano”, presumiendo, de nuevo, que no lo tiene en primer lugar.

Este fermento es útil: nos da a los partidarios de la globalización como yo, una perspectiva distinta que siempre enriquece. Pero yo creo que su arremetida principal de que la globalización es negativa es totalmente incorrecta, por los menos en los aspectos fundamentales que pienso son importantes. Pero si mantengo que la globalización es positiva, entonces también creo que necesita una gobernabilidad adecuada: un área en donde los que están en contra de la globalización pero pensantes y yo, podamos encontrar un punto de encuentro común, si no, recetas compartidas. Esto es lo que voy a argumentar aquí, muy brevemente.

Desde el principio, sin embargo, tengo que decir que, al referirme a globalización, lo que quiero decir es la globalización económica. Esto incluye, por lo menos, el comercio, inversión directa extranjera (por ejemplo, multinacionales o corporaciones en el lenguaje de los anti-globalizantes, o DFI como es común en inglés), flujos de capital a corto plazo y el movimiento internacional de personas. El

debate público sufre de lo que he llamado la Falacia de Agregación: hay enormes diferencias en las implicaciones económicas y políticas de estos fenómenos y en las dificultades que crean para su manejo fructífero. Así, la crisis financiera y económica de Asia Oriental ilustra los peligros de una liberalización financiera a ciegas (provocada por lo que he nombrado, con algo de éxito, el Complejo Tesorero-Wall Street²) sin un monitoreo prudente y las reformas institucionales. Pero sus pecados no deben ser confundidos con liberalización, la cual no crea resultados tan drásticos.

Déjenme enfocar, por la brevedad de este simposio, la cuestión de comercio más libre (y los flujos de inversión directa extranjera, ya que la inversión directa extranjera y los flujos comerciales sí están vinculados, aunque esto no sea indispensable), como el elemento de la globalización que atrae el rechazo particular y la reacción.

Casi todos los economistas están de acuerdo ahora en que, a pesar de las reservas expresadas por unos cuantos de ellos³, el registro pos-guerra de liberalización comercial es uno de prosperidad económica. Entonces el argumento que el comercio incrementa el tamaño de la torta económica no es un tema serio en la actualidad: se considera, por lo tanto, que la globalización es económicamente benigna

Pero ahora hay muchas reservas en el dominio público de que la globalización aunque económicamente benigna, es socialmente maligna. Bourdieu declara, de manera bastante melodramática: que la “unificación del campo económico mundial” está “de manera subrepticia” traducida en una “normativa” de “las políticas neoliberales” marcadas por la “propaganda económica”. La parte económica de esta “propaganda” no es propaganda: denominarla así es una tontería, aún si proviene de un intelectual eminente. Pero hay cuestiones serias si preguntamos por las agendas sociales: por ejemplo, la discriminación de género, pobreza, etc.

² Este concepto y la terminología ahora se emplean extensivamente. Pero la diferenciación de producto también está presente. De esa manera, Robert Wade lo llama el Complejo Tesorero-Wall Street.FMI; Barry Eichengreen ha hablado del complejo Wall Street. La idea y la terminología fueron publicados por mí en Foreign Affairs al comienzo de esta crisis; el artículo, publicado y traducido ampliamente, también ha sido re-editado en mi reciente selección de ensayos sobre políticas públicas, The Wind of the Hundred Days: How Washington Mismanaged Globalization, MIT Press: Cambridge, 2001.

Yo diría que, si vemos estas cuestiones en profundidad sin generalidades pero de manera concreta, la presunción de que la globalización económica produce males sociales no convence. De hecho, en muchos casos, la globalización no forma parte del problema, es parte de la solución. He argumentado mucho en este sentido en cuanto al efecto de la globalización sobre la pobreza en países pobres, en temas relacionados con el género, o respecto a los salarios reales de los trabajadores y los estándares laborales, trabajo infantil, el déficit democrático y mucho más. ¡La tendencia central de lo que detestan y rechazan Bourdieu y Said como la globalización “neoliberal” es de ayudar, no perjudicar, las causas que promueven ellos y los que están socialmente preocupados por la globalización!

Pero rechazo sus aseveraciones fáciles de que la globalización es socialmente dañina, aún necesitamos pensar los tipos de cambios institucionales, domésticos e internacionales que requerimos mientras la globalización sigue su curso. Quisiera nombrar sólo dos tipos de cambios y sus razones.

Aunque la tendencia central es favorable y no al contrario, obviamente pueden haber excepciones. Estos lados negativos no se pueden esquivar; deben ser abordados cuando son significantes. Entonces necesitamos pensar en un diseño institucional y de políticas que los puedan abordar.

En este sentido, al tratar la gran inseguridad que algunos sienten y otros viven (objetivamente, en términos de despedidos y la caída sustancial en sueldos en los siguientes empleos adquiridos), la liberalización del comercio está mejor manejada por medio de alguna forma de asistencia al ajuste. Para los países pobres que no la pueden financiar, el Banco Mundial y otras instituciones financieras de asistencia deben ser encargadas de dar esta asistencia a los países en vía de liberalización.

Tomemos otro ejemplo. Los camaroneros en las áreas costales de la India (y en algunos otros países pobres) han dañado el ambiente alrededor de los manglares y las vidas de los pescadores y campesinos tradicionales. ¿Alguien quiere afrontar el problema cerrando el proceso de exportación como quieren algunos anti-globalizantes en la India? Seguramente, dada la gran contribución de las

³ El más elocuente escéptico es Dani Rodrik de la Kennedy School de la Universidad de Harvard. Pero una respuesta completa a sus reservas y críticas ha sido realizada por T.N.Srinivasan de Yale y yo; véase mi página web <http://www.columbia.edu/~jb38>.

exportaciones al desarrollo de la India y, por lo tanto, su habilidad de ofrecer buen empleo (una afirmación que hago basándome en los desarrollos empíricos de la tasa de crecimiento de 3.5% durante casi un cuarto de siglo bajo la autarquía y control y planificación económica estatal de la variedad kafkana, hasta que el vuelco “neoliberal” de la India a la globalización y los mercados subió la tasa de crecimiento a 5% en los años 1980), es una tontería pensar en eliminar las exportaciones de camarones. En cambio, lo que queremos son tipos de compensaciones estilo Superfund para los daños causados y un “principio de quien crea polución, paga” para los impuestos sobre la polución provocada por los camaroneros. En resumen, necesitamos cambios institucionales que nos provean de una mezcla de correctivos para que los camaroneros y sus exportaciones necesariamente creen bienestar social.

También necesitamos reconocer que, aunque la globalización nos beneficia, no sigue que mientras más rápido, mejor. En resumen, como aprendimos del desastre de las reformas económicas rusas, la Terapia Shock retrasó durante años las reformas “neoliberales”, mientras provocó inestabilidad y sufrimiento gratuitos. De igual manera, la rapidez imprudente con la cual virtualmente se forzó la liberalización financiera en ciertos países de Asia Oriental, fue una causa del consecuente derrumbe que debe ser reconocido como la peor crisis provocada por el hombre en la economía mundial más grande desde la Gran Depresión de 1929.

Desde luego, también tenemos que recordar el hecho de que la globalización promueva agendas sociales no significa que debemos estar contentos con su velocidad en dar resultados. La globalización, por lo general, promoverá prosperidad económica y reducirá el trabajo infantil. Pero necesitamos hacer más. De nuevo, se pueden diseñar políticas adecuadas. Yo diría que, en términos generales, las políticas suplementarias se encuentran en el dominio de la persuasión moral, utilizando la sociedad civil y los medios de hoy: dos herramientas poderosas que no deben ser sub-estimadas.

Jagdish Bhagwati es Profesor Universitario, Columbia University, y en la actualidad el Andre Meyer Senior Fellow en Economía Internacional en el Council on Foreign Relations, trabaja en un libro sobre *Globalization and Appropriate Governance*.